

Yamil Díaz
Gómez

Entre Brujas y Diablos

E

l diablo es teísta mientras que Dios es ateo. Esto lo supe al leer al convincente Giovanni Papini. Los guajiros cubanos han hecho al diablo a su imagen y semejanza. Esto lo descubrí al leer al divertido René Batista.

El incansable poeta, periodista y folclorista René, ese maravilloso coleccionista de bienes intangibles, no solo se dio a la tarea de censar a los locos de Camajuaní —su pueblo—, o a la búsqueda de güijes. Alrededor de 1970, mientras otros se dedicaban a la cacería de brujas, salió a cazar historias de brujas y de diablos. Tal vez porque en aquel momento Jesucristo y Elegguá solían estar disimulados detrás de una cortina en tanto hogar de Cuba, diablos y brujas se vieron a sus anchas y pudieron hacer tantas trastadas como las que únicamente René Batista Moreno sería capaz de recoger en un libro tan singular como este.

Si miramos la edad que por entonces tenían sus entrevistados (sesenta y cinco el más joven, ciento dos el mayor y un promedio que superaba los ochenta y seis años); si tenemos en cuenta que algunos cuentan la historia que escucharon a un abuelo; si tenemos en cuenta el valor que cobran los mitos en extinción en manos de quien sea, como René, un verdadero arqueólogo del alma, tendremos que aplaudirle una vez más el mérito que adorna a tantos de sus libros: haber llegado a tiempo.

Llegó a tiempo René a ranchos incontables, especialmente de la región central, y con otro poco de los testimonios que lo

acompañaban desde su infancia pudo salvar este macuto de aventuras misteriosas que, según el principio caballeresco de «las brujas primero», terminó titulado *Brujas y diablos por los campos cubanos*.

Jamás conocí a nadie más cubano que René ni he leído otro libro más cubano que este. La magia más definitiva de estas páginas no está en ningún secreto de hechicería practicado por sus protagonistas sino en el mismo proceso que logra cubanizar personajes y arquetipos obstinadamente universales.

En su fecundo experimento con niños italianos para buscar una *gramática de la fantasía*, Gianni Rodari mencionaba el caso del abuelo que, tras cruzar bajo una barra de hierro, se convertía en gato. ¿Qué debía ocurrir para que el gato volviera a convertirse en abuelo?, preguntaba el escritor, y escuchaba una respuesta unánime: cruzar otra vez bajo la barra de hierro. La barra, entonces, funcionaba como instrumento mágico.

Para nosotros, los cubanos, un instrumento mágico ha sido el océano. La décima, que era allá estrofa de poetas cultos, se convirtió aquí en molde típico de la poesía popular; a las canciones peninsulares les cambiaba la letra de este lado; las emigrantes «isleñas» que se creían o eran brujas, aquí terminaban siendo —según Ismael Pérez— todo lo contrario: brujas reales disfrazadas de viejas isleñas.

Las brujas andan de viaje desde la Antigüedad con sus artes para la magia negra, sus célebres escobas voladoras y su diálogo con los muertos. Pese a sus pactos con el diablo y sus temidos aquelarres, tal vez tuvieron su poco de feministas incomprendidas, víctimas de una larga misoginia y de una justicia machista que las sometía a procesos judiciales amañados, a horribles cacerías.

Siempre cercanas a pobres y labriegos, entran en trato inevitable con los campesinos cubanos. Tenían que encontrar trabajo y diversión en el ambiente embrujado, en el costado tenebroso de la insular noche campestre. Según cuenta este libro, podían volar hasta Canarias y regresar. Secuestrar niños para beber su sangre. Sufrir metamorfosis que las convirtieran en chipojos, toros, gatos, mulos, ratones (jamás en animales exóticos). O quitarse la piel. O vestirse de luto. Pero, como el océano es un instrumento mágico, las de René se aplanaron tanto que algunas devinieron mambisas, otras fumaban tabaco, o volaban en

grupos para ir chachareando, o le podían dar botella a la pobre compañera que ha perdido su escoba. Incluso, cuando podían le echaban garra al pobre Oscar Millán y lo lanzaban de una a otra orilla de un pantano al grito mágico de: «Comadre Carlota, ahí va la pelota». Es decir, como buenas mortales, las brujas que llegaron a *la tierra más hermosa* no podían renunciar a su parte en la sabrosa guasanga del choteo.

René Batista —capaz como nadie de respetar y de escuchar al prójimo— nos obliga con este anecdotario a escuchar, respetar y perdonar un poquito a las señoras brujas. Las pobres nunca fueron vencidas por el bautismo católico ni por las cruces de ceniza; no obstante, las están derrotando el pragmatismo y el olvido. Las ha matado lo mismo que mató a los reyes magos.

Pero, al menos, serán literatura. Y como no hay hazaña de la literatura escrita que no tenga anticipo o equivalente en la oral, entre el tesoro salvado por René podemos hallar joyas como este relato de la voltense Tomasa Verdecia:

Mi papá me contaba que ahí en la zona de Jutiero vivía un matrimonio de diablos, y que un día el diablo se encontró en una tierra arada un pedacito de espejo. Se miró en él, y a cada rato lo sacaba y se miraba: pero cuando veía que venía la diabla lo escondía, y la diabla, que no tenía un pelo de boba, se dijo: «Debe de tener otra mujer, y eso que mira mucho es un retrato». La diabla lo veló, y una tarde cuando dormía la siesta le sacó el espejito del bolsillo, ella nunca había visto un espejo, y se miró y dijo: «¡Qué mujer más fea, carajo, y qué cara de puta tiene!».

¿No merecía un premio de minicuento, ese supuesto género tan en boga en el siglo XXI?

Nótese cómo el diablo se pluraliza y aun llega a desdoblarse en ambos sexos. En eso resulta mucho más democrático, más sociable que el Señor.

En su bregar por los campos de Cuba, René encontró un solo hombre que juraba haber visto a Dios; sin embargo, halló decenas que tuvieron encuentros con nuestras versiones de Satán.

Jamás he oído decir que el cubano sea la mano de Dios, pero sí que es la pata del diablo, porque proyecta en él su excesiva autoestima, sus callados rencores, su apego no a la maldad sino a las maldades, a la trampa. Como en los dioses griegos, como

en los *orishas*, en el Maligno se encarnan las debilidades, las flaquezas morales que hacen humano al ser humano. De ahí esa sensación final que deja el libro de que en el fondo no hablamos de un tipo tan terrible.

De hecho, una vez fue un ángel —aunque dicen que fue condenado por su ambición. ¡Qué excelente metáfora de la biografía del hombre común: el paso de Lucifer de ángel a ángel caído! Pero, ¿dónde cayó?

René Batista ha hallado la respuesta: en los campos cubanos. Tras su caída en Cuba, el diablo no solo conserva sus rasgos de chivo, sus tarros prominentes, el fuego que le sale por la boca. Sociable y juguetón, es omnisciente. Puede transfigurarse en cule-bra, mosca, ratón o lechuza. Y, como suele jugar con candela, no tiene a mal aparearse con humanas. Sufre una predilección casi infantil por el juego, por la competencia, porque se sabe —a diferencia de las brujas— casi siempre invencible.

René demuestra en su obra que nuestros campesinos nunca mienten sino que siempre fabulan. Sin embargo, este coro de guajiros nos revela cualidades increíbles del señor Satanás: con la arrogancia propia de un adolescente, puede ganar carreras de equitación, comprar un número de lotería o pasar por el hueco de una aguja —como quisieran ricos y camellos—, o adueñarse del eco, destruir una capilla o aprovechar la franquicia que le da el Altísimo cada Viernes Santo. Capaz de practicar cualquier oficio, se desenvuelve tranquilamente en sociedad y se confunde con los hombres. Tal vez por eso de sus grandes cuernos, es enemigo del fotuto. Y ya en el colmo de su cubanización, baila caringa e improvisa décimas, es un temible repentista. He aquí el insólito, divertido e inteligente diablo del libro de René Batista.

Pero más supo René por viejo que el diablo por diablo. En 2009, cuando la muerte lo acosaba, el escritor se entregó febrilmente a terminar aquellos textos que aún le debía a su patria. Y comprendió que —para ser aclamado, como lo es hoy, por ángeles y demonios— tenía que dejar listo su *Brujas y diablos por los campos cubanos*.

Así llega por fin a su destino este libro original, humilde, auténtico, en que el pueblo se habla y se escucha a sí mismo; este prodigio de imaginación, de suspenso, de humor; esta rotunda confirmación de que entre el bien y el mal, entre el bueno y el malo, a veces hay solo un paso o, tal vez, una anécdota.